

Transición siria: entre Riad y Viena

Carlos LARRINAGA
Historiador

Mucho se está hablando en los últimos meses de una posible transición en Siria. Para algunos puede resultar un poco precipitado, dado el devenir de la guerra en ese país. No obstante, parecería que algo se ha aprendido tras la invasión de Irak, es decir, la necesidad de tener un plan post-bélico. No se tuvo después del derrocamiento de Sadam Husein, o de Gadafi en Libia, y todavía estamos padeciendo sus secuelas. Por consiguiente, que se esté pensando en la Siria futura no me parece mal y me hace albergar ciertas esperanzas. La dificultad radica en la falta de consensos al respecto. Para Rusia e Irán lo prioritario es derrotar al Estado Islámico y luego reconstruir las estructuras estatales, manteniendo la unidad territorial. En esta opción el papel de Bashar al-Asad estaría por definir, aunque se le dispensaría un trato especial, atendiendo a su posición actual de Jefe del Estado. Estaría por ver si seguiría en el cargo o no. Lo que está claro es que en estos momentos es una pieza imprescindible y Rusia no está dispuesta a propiciar el cambio en pleno conflicto, algo que me parece razonable. Al fin y al cabo, ¿quién podría asumir en estos momentos semejante responsabilidad? No parece que ningún miembro de la resistencia cuente con los apoyos ni el carisma necesarios para acceder a ella. Al contrario, nos encontramos con un gran número de grupos y grupúsculos con intereses muy diversos cuya representatividad, en algunos casos, es dudable.

Precisamente, un centenar de enviados de la oposición política y armada al ejecutivo sirio se han reunido los pasados días 9 y 10 de diciembre en Riad para fijar posiciones. Que se hayan juntado en la capital de Arabia Saudí no es de extrañar si tenemos en cuenta el apoyo que les está brindando desde el comienzo de las revueltas. Arabia siempre ha mantenido la tesis de la necesidad de que Al-Asad abandonase el poder, aspirando de esta manera a contrarrestar la influencia de Irán, de mayoría chiíta, en la región. En cualquier caso, y como era de esperar, al menos ha tenido el decoro de no invitar a esa cumbre al Frente al-Nusra, franquicia de al-Qaeda en Siria, y al EI. Faltaría más, a pesar de los estrechos lazos ideológicos y económicos existentes. Pues bien, concluida la reunión, los rebeldes se han declarado dispuestos a iniciar conversaciones con representantes de Damasco y a aceptar un alto el fuego supervisado por la ONU. Lo primero puede ser considerado como una concesión, en la medida en que, hasta ahora, imponían como condición sine qua non la salida de Al-Asad para iniciar la transición. En cuanto al segundo aspecto, a todas luces el fundamental, pierde fuelle si tenemos en cuenta que Ahrar el Sham, una de las organizaciones armadas sobresalientes en el terreno, se ha retirado de la asamblea en el último momento, no suscribiendo el acuerdo. En consecuencia, ¿de qué cese de hostilidades están hablando si ni el Frente al-Nusra, ni el EI ni Ahrar el Sham está dispuestos a deponer las armas? En verdad, nos encontramos nuevamente con la falta de coherencia en sus filas, donde conviven posturas democráticas con planteamientos radicales que lo que desean es la implantación de un sistema islamista en Siria. Dicho esto, semejante división puede beneficiar, sin duda, al gobierno y a la figura de Al-Asad, que se mantiene firme en su puesto y como garantía frente a las opciones extremistas. Algo que comparten no sólo Moscú o Teherán, sino también muchas cancillerías occidentales, incluida la española, aunque se muestren renuentes a pactar directamente con Damasco.

Parece plausible que con la reunión de Riad Arabia ha optado de mover ficha con vistas a la próxima cita de Viena para lograr avanzar en la solución de la

conflagración. En una circunstancia en que Turquía, la otra gran detractora del régimen de Al-Asad, no se encuentra en su mejor momento por sus desavenencias con Rusia y por las críticas del propio Obama, la monarquía saudí ha apostado por jugar sus cartas. Cuando aumentan las voces que le acusan, entre otras cosas, de exportar su ideología rigoristas del Islam a todas estas bandas de terroristas, ha buscado atemperar la tensión, intentando flexibilizar la postura de los opositores. De suerte que si éstos son invitados a la capital austriaca, como parece, puedan mostrar su predisposición a entablar conversaciones con los delegados de Al-Asad. Por lo tanto, en un contexto en que todo apunta a esta dirección, la idea es que no se fracase en esta cuestión por su empecinamiento. Otra cosa bien distinta será el futuro del actual líder sirio, algo que ya se verá. En mi opinión, todavía es demasiado pronto para hablar de ello.

Por eso, centrándonos en Viena, su éxito dependerá fundamentalmente de dos determinaciones. La primera está referida a un diálogo nacional en la que cuantos más sectores se sumen al mismo, mejor. De ahí que en este punto lo decidido en Riad tenga su relativo valor. Y la segunda se basa en la unión de fuerzas militares para combatir al EI. No es aceptable la existencia de dos coaliciones. Es preciso que ambas alianzas se fundan en una, así como instar a los estados de la zona a enviar tropas terrestres. Y en este apartado el rol que pueda jugar Ankara me parece fundamental. Evidentemente, no abogo sólo por una intervención militar y por ello insisto en el primer mecanismo político, al tiempo que en la mejora de la diplomacia o de la Inteligencia, por ejemplo. Pero, desde luego, con el buenismo que predicen algunos no se soluciona este grave problema que está poniendo en peligro la estabilidad del Próximo Oriente e incluso de Europa.

13 de diciembre de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 20 de diciembre de 2015, p. 29